

La calle de la Plaza

Así la conocimos siempre y no recuerdo placa alguna en sus esquinas con tal denominación. Y así sospecho que seguirá llamándose largo tiempo. Ocurrió igualmente con la calle de José Antonio, a la que popularmente casi todo el mundo la llamó calle Real. Los cambios políticos traen siempre consigo, entre otras cosas, un trastrueque en la toponimia callejera, mas la tradición impera y los pueblos imponen sus rótulos.

Bien siento yo, muy particularmente, que en el lenguaje coloquial y no en el de los membretes oficiales, se diga menos "calle de Graciano Atienza". Salvo a la hora de la correspondencia o de alguna tramitación administrativa, elúdese el nombre y apellido de aquel gran periodista de Villarrobledo que llegó a brillar con su talento en la prensa madrileña, en las páginas de *El Imparcial y Blanco y Negro*. No debiéramos olvidar jamás cuánto hizo por su pueblo, al nuestro, contribuyendo decisivamente a que el Rey Alfonso XIII nos concediera el título de ciudad.

Mas, no le demos más vueltas al asunto de si es justo o no.

En esencia, la calle de la Plaza, la vía más importante que tenemos, es la misma de hace un cuarto de siglo; ni se ha alargado ni se ha acortado por mor de reformas callejeras, aunque con las mutaciones comprensibles de edificios y establecimientos. Y, caminando por ella, ya que no está abierta al tráfico rodado –lo que constituye un acierto– se va desde los aledaños de la parroquia de San Blas al Mercado de Abastos. Viene a ser la calle Mayor de cualquier pueblo castellano. La de más raigambre. Aquella que, forzosamente, hay que pisar a diario si se transita por el centro y no se quieren dar vueltas inútiles para eludir, caso de no querer "ser visto". El lugar más habitual de una cita o un encuentro. El sitio primigenio para el paseo.

Acaso hace veinticinco años se paseaba más por ella, cuando de abajo a arriba, y viceversa, dábamos no una ni dos, sino cuarenta vueltas, en una interminable caminata de dos horas, desde las ocho de la tarde hasta las diez de la noche, comiendo pipas de girasol. La calle de la Plaza servía para las confidencias con los amigos: sueños, ambiciones, proyectos, miradas de reojo a las muchachas en flor...

Y, sobre todo, aún recuerdo a gentes entrañables de la calle de la Plaza. Estaba la relojería de Crespo. La tienda de los Velasco. María González "vendía la suerte" y un día, a principio de los años sesenta, expidió los décimos que resultaron premiados en la Lotería del Niño. Alternaba la expendeduría con el trabajo artesanal de coger puntos

de media. ¡Cuántos de estos oficios se han ido perdiendo con el tiempo!

¿Y Justino, el zapatero? Orondo, afable, lleno de humanidad. A la notaría de don Manuel Fernández, que en sus ratos perdidos hacía versos, como también su hijo, llegaban todas las tardes los botones de los bancos, portando bajo el brazo un manojo de letras de cambio para el protesto, "antes de que se ocultara el sol", según las ordenanzas. Aledaños, las zapaterías de Antonio Cabañero y Alarcón. Y, en medio de ellas, la droguería de Antonio Losa, que ahora regenta su hijo Jesús.

Me viene a la memoria una peluquería. Y, desde luego, la de veces que entré en Casa Roque, con su inconfundible olor a salazones. Todo cambia y hoy, las tiendas de ultramarinos, con aquella mezclanza familiar de embutidos y latas de conserva, de aceite y sacos de pimentón, se han transformado en supermercados, más asépticos e impersonales, pero sin duda alguna funcionales, prácticos y bien surtidos, con otro sentido comercial, de lo que sabe mucho Toñín.

Cruzabas la esquina de la calle del doctor Cabrera, con la Fonda del Comercio, que albergaba aquellos años sobre todo a viajantes (que así se llamaban los agentes comerciales) y algún cazador. En tardes de toros, los novilleros modestos como Pepe Montero y Angel Jiménez "Chicuelo III" llegaban hasta allí, a hombros de esforzados aficionados. La tienda de Gullón la regentaban Silvio y Guillermo. Era un local poco frecuentado en los últimos tiempos. Enfrente, la farmacia de Millán, la mercería de Manolo Navarro, siempre perfumada. ¿Y la antigua tienda de los Rosillo, almacén de coloniales, con Eduardo moviéndose ágilmente, embutido en su inseparable guardapolvos?

Especial, mágico recuerdo para mí, entrañaba la librería de Juan Navarro, a quien familiarmente llamaban Pascasio. Una librería que no tenía libros, lo que dicho así no deja de ser esperpéntico, surrealista y absurdo. En realidad, la tienda le servía de lugar de tertulia con sus amigos, sin importarle la escasa mercancía de sus estanterías, igual que en otros lugares las reuniones se celebraban en la trastienda de alguna botica. Una vez osé entrar en aquella tienda, más que para comprar algo concreto, con afán de fisgar en su interior. Justifiqué mi presencia preguntando por un ejemplar de la colección Escelicer, de teatro, que debo conservar en algún escondrijo de mi biblioteca como un preciado tesoro, y que Pascasio me vendió a un precio, supongo que irrisorio. El librito en cuestión tenía las pastas